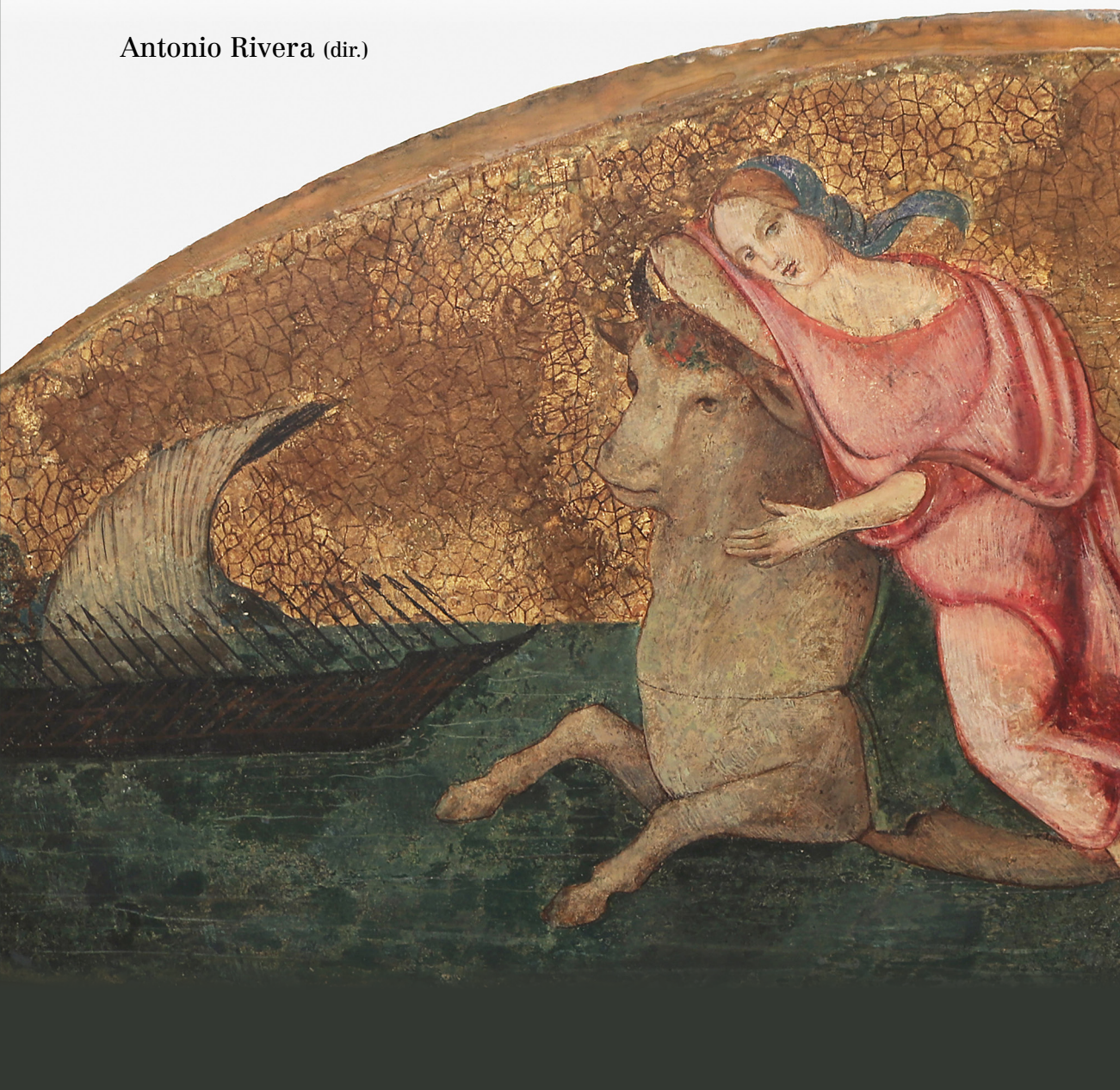


Historia de la idea de Europa

Mucho más que una geografía

Antonio Rivera (dir.)



Historia de la idea de Europa

Mucho más que una geografía

Antonio Rivera (dir.)

Argitaratzailea • Edita:

Arabako Foru Aldundia. Kultura eta Kirol Saila
Diputación Foral de Álava. Departamento de Cultura y Deporte

Inprimatzailea • Imprime:

Arabako Foru Aldundiaren Moldiztegia
Imprenta de la Diputación Foral de Álava

Azaleko irudia • Imagen de cubierta:

Europaren bahiketa, Pinturicchiok 1509an pintatua Pandolfo Petrucciren Sienako jauregirako.
Rapto de Europa, pintado por Pinturicchio en 1509 para el Palacio de Pandolfo Petrucci en Siena.
The Metropolitan Museum of Art

Lege Gordailua • Depósito Legal: LG G 00675-2021

ISBN: 978-84-7821-969-8

Arabako Foru Aldundiko Kultura eta Kirol Sailak pertsonak beren bizitzaren etapa guztietan garapen integrala izatearen alde egiten du, batez ere arlo intelektualean, eta apustu horren erakusgarri da +55 Elkartegiak programa.

Argitalpen honetan jaso ditugun hitzaldiak UPV-EHUko katedradun Antonio Riverak zuzendutako “Europaren ideien historia” izeneko zikloan aurkeztu zituzten UPV/EHUko irakasleek Kultur Etxean, eta argi uzten dute zubia eraikia dugula unibertsitatearen eta gure ikasleen artean.

Liburu honetan Europa zaharraren bilakarari buruz jaso ditugun gogoetak beharrezkoak eta are ezinbestekoak dira egungo testuinguruan; izan ere, haren eraikuntza gaurkotasan gaia da etengabe, duela mende askotatik, baita gaur egun ere, Riverak berak asmakizun handi gisa definitzen duen Europar Batasuna gorabehera.

Ziur gaude hitzaldiek eragin positiboa izan zutela parte hartzaileengan, eta hainbat ondorio atera zituztela; hori dela eta, oso baliagarria iruditu zaigu horiek paperera ekartzea, jende gehiagorengana iritsi ahal izateko, eta jarduera aberasgarri hori jasota gera dadin.

Prestakuntza elkarlan emankor honek jarraitzea espero dugu, eta eskerrak ematen dizkiegu beren gogoeten berri eman ziguten irakasle eta espezialistei, haien koordinatzaileari eta UPV-EHUri.

El programa de Aulas +55 representa la apuesta del Departamento de Cultura y Deporte de la Diputación Foral de Álava por el desarrollo integral de la persona en todas las etapas de la vida, especialmente en el ámbito intelectual.

En este sentido, las ponencias presentadas en el ciclo “Historia de la idea de Europa”, dirigido por el catedrático de la UPV-EHU Antonio Rivera, impartido por profesorado de esa institución y celebrado en la Casa de Cultura, constatan el puente tendido entre la Universidad y nuestro alumnado que con esta publicación les presentamos.

Unas reflexiones necesarias e incluso imprescindibles en el actual contexto que vivimos, sobre un devenir de la “vieja Europa” cuya construcción, ya desde hace siglos, está en perpetua actualidad. Incluso hoy en día, a pesar de lo avanzado en ese gran invento, como lo define el propio Rivera, que es la Unión Europea.

Estamos tan seguros de que estas reflexiones influyeron positivamente en los y las participantes para elaborar sus propias conclusiones, que nos parecía muy útil poder trasladarlas al papel para llegar a más público y que quede constancia de tan enriquecedora actividad.

Deseando que continúe esta fructífera alianza formativa, nuestro agradecimiento al profesorado y especialistas que trasladaron sus reflexiones, a su coordinador y a la UPV-EHU.

Ana María del Val Sancho

Kultura eta Kirol Saileko foru diputatua
Diputada foral de Cultura y Deporte

Índice

- 9 Prólogo
Europa. Mucho más que una geografía
Antonio Rivera
- 11 **Una visión de Europa**
Andoni Unzalu Garaigordobil
- 17 **El rapto de Európe y la Europa paritaria**
Ana Iriarte
- 33 **Roma: un imperio mediterráneo**
Antonio Duplá
- 39 **La cultura grecolatina**
Elena Torreagaray Pagola
- 45 **Los pueblos bárbaros y el desorden continental**
Juan José Larrea
- 49 **Un imperio imposible: Estado e Iglesia en el medioevo**
José Ángel Lema
- 55 **La cristiandad: un universo europeo**
José Ángel Lema
- 61 **La construcción europea desde las ciudades del medioevo**
José Ramón Díaz de Durana
- 67 **El humanismo renacentista: los valores continentales**
Iñaki Reguera
- 77 **El imperio europeo de los Austrias**
Iñaki Reguera
- 85 **Europeos en tierras lejanas: el dominio de ultramar**
Juan B. Amores Carredano
- 91 **La crisis de la conciencia europea: el siglo xvii
y el origen de nuestro mundo**
Luis Garagalza

- 97 **La federación europea, la paz universal y los derechos humanos**
José M^a Portillo
- 103 **Europa como proyecto autoritario: de Napoleón al Káiser y al Führer**
José M^a Ortiz de Orruño
- 117 **Un proyecto liberal e (inter)nacionalista: la Joven Europa**
Rafael Ruzafa
- 123 **Un subcontinente gobernando el mundo:
de la Belle Époque al suicidio de Europa**
Antonio Rivera
- 133 **La creación de la Unión Europea**
Juan Pablo Fusi Aizpurua
- 143 **PanEuropa (1923): el proyecto personal de Coudenhove-Kalergi**
Víctor Manuel Amado Castro
- 149 **Los padres de Europa: proyecto y realidad**
Víctor Manuel Amado Castro
- 157 **Europa glocalizada: cómo manejarse con 27 (o más)**
Víctor Manuel Amado Castro
- 167 **España y Europa**
José M^a Portillo
- 173 **¿Tiene futuro la idea de Europa?**
Ramón Jáuregui Atondo

España y Europa

José M^a Portillo

Cuando Manuel Fraga Iribarne, entonces ministro de Información y Turismo, dio salida al eslogan “Spain is different” en los años sesenta del siglo pasado, no era consciente seguramente de la larga tradición que escondían esas palabras. Lo era, ciertamente, respecto de la mayoría de los países de su entorno cuando se implementó aquella campaña turística. La dictadura franquista había roto, como nunca antes en la historia, el vínculo europeo de España. Lo había sido también con anterioridad o, al menos, así se había percibido en no pocas ocasiones. En el siglo XIX se habían generado buena parte de los tópicos sobre el exotismo español, del que la literatura y la música se hicieron eco: Carmen, los Cuentos de la Alhambra, los personajes de la mujer de pasiones desatadas o el bandolero a medio camino entre un rufián y Robin Hood. La mayoría de esos tópicos se generaron fuera de España, ofreciendo una imagen exótica donde la diversidad de lenguas, el mestizaje cultural con lo árabe, o el desaliño del Estado y la Administración que daban rienda suelta al carácter individualista y anárquico de los españoles, conformaban un espacio incierto en los limes de Europa.

Esa imagen de España era exótica, pero a la vez consciente de que se trataba de un espacio europeo. No era el único que era considerado de este modo en la cultura europea del siglo XIX. Grecia sería un buen ejemplo de un caso no igual, ni mucho menos, pero sí similar. Como España, Grecia presentaba para la cultura europea rasgos de exotismo indudables, pero, al mismo tiempo, ¿quién iba a discutir la europeidad de Grecia? La cultura europea no podía prescindir del hecho de que por España y su historia pasaban algunos de los hilos rojos de la modernidad europea: en concreto, la llegada y explotación de América, la que había abierto el mundo a su dominación, ni más ni menos.

Por ello, España (como Grecia) era más bien un problema, una cuestión cultural que se había establecido por primera vez en el pensamiento ilustrado

en las décadas finales del siglo XVIII. Fue entonces cuando —como ocurre con otros muchos aspectos de la cultura europea— se formuló por primera vez la cuestión de la pertenencia de España a la civilización europea. Ello no era ajeno en ese momento a un complejo proceso de competencia imperial, en el que se habían ido implicando cada vez más potencias europeas. Sin embargo, en esa competencia España ocupaba una posición peculiar por diversos motivos: había sido la primera monarquía en conformar un imperio atlántico, era una monarquía católica y hasta 1713 había mantenido una presencia menguante (sobre todo desde 1648), pero notable también, en diferentes espacios europeos (Italia, Flandes, Franco Condado).

Esas tres etapas pueden servir para hacerse una idea de la relación entre España y Europa entre la edad moderna y la contemporánea: expansión atlántica, crítica ilustrada y exotización romántica, además de europeización como única salida posible en el siglo XX.

Cuando navegantes al servicio de la corona castellana llegaron al Caribe, y cuando un par de décadas después una serie de aventureros militares, aliados con disidentes locales de los centros dominantes en México-Tenochtitlán y en Cuzco, lograron desarticular los imperios azteca y del Tawantinsuyu y anexionar sus territorios como virreinos a la corona de Castilla, la posición de España en Europa cambió de manera determinante. Entre finales del siglo XV y comienzos del XVII la corona de Castilla no solo había culminado el dominio peninsular, sino que había logrado extender su dominio al otro lado del mar con unas dimensiones inusitadas para cualquier otra monarquía de la *Christianitas* europea.

Pero lo del espacio, con ser importante, fue lo de menos. Lo más importante fue que aquellas inmensas nuevas posesiones supusieron todo un desafío político, jurídico y cultural. Entre estos, los más relevantes fueron interpretar y entender lo que se veía por vez primera (gentes, naturaleza, dimensiones, sistemas de organización social, lenguas, culturas), organizar política y religiosamente ese enorme espacio, y establecer sistemas de comunicación a enormes distancias nunca manejadas antes por ningún gobierno en Europa. Podría pensarse que, siendo territorio conquistado, se trataba simplemente de tomar posesión del mismo, imponer la ley y la religión del conquistador y posteriormente también su lengua y costumbres. Nada más lejos de la realidad.

El resultado de la expansión americana de Castilla fue una hibridación permanente: del derecho, de la organización política e institucional y, en cierto

modo, de la religión y la organización eclesiástica. También lo fue que el Derecho europeo, tradicionalmente conformado sobre la base del romano y del eclesiástico, tuvo que dar respuestas nuevas, generar un nuevo derecho usando las herramientas del *ius gentium* romano. No es casualidad que las grandes obras de ese nuevo derecho estuvieran vinculadas de una u otra manera a la corona de Castilla, bien porque se trataba de juristas de sus universidades (Francisco de Vitoria, Francisco Suárez) o bien por estar vinculados a espacios europeos en los que Castilla había dominado (Hugo Grocio).

Podría decirse que, en cierto modo, la modernidad arrancó en Europa al tener que interpelar al Nuevo Mundo y que dio comienzo por España. Sin embargo, para mediados del siglo XVII esa imagen comenzó a variar sustancialmente. En el mundo de competencia imperial posterior a la paz de Westfalia (1648), superada ya la eventualidad de una monarquía universal con centro en Madrid, la monarquía católica parecía estar muriendo de éxito. Si su finalidad, su razón de ser, era la expansión de la fe, como decía, por ejemplo, Juan de Solórzano a la altura de 1648, podría decirse que dicha empresa estaba encaminada ya claramente a su cumplimiento.

Por ello, en el siglo XVIII surgió el dilema de qué hacer con tamaña monarquía. Era un dilema que interesaba mucho a Europa y no pocos pensadores del momento señalaron a España como cabeza de un imperio antiguo, casi asiático, y desde luego muy diferente de los modernos imperios comerciales europeos. Algo de cierto había en ello y por ese motivo ministros y pensadores —muchas veces ambas cosas a la vez, como Pedro Rodríguez de Campomanes— comenzaron a idear la posibilidad de un imperio comercial católico. A la altura del reinado de Carlos III las reformas implementadas podría decirse que habían logrado en buena medida establecer las bases para ese modelo imperial.

Sin embargo, fue justamente entonces cuando la tectónica de placas de los imperios atlánticos se sacudió violentamente con tres revoluciones: una con sede en Filadelfia, otra en París y otra en Cádiz. En Lisboa no la hubo porque la monarquía se trasladó a las colonias, abriendo sede en Rio de Janeiro en 1807. Esas revoluciones tenían mucho que ver con la competencia imperial y con la necesidad de financiarla. Fue la crisis de la monarquía española en 1808 (la más compleja de las crisis atlánticas) la que favoreció un cambio notable en la imaginación europea de España. La resistencia contra el proyecto imperial-republicano francés, que fue muy comúnmente interpretado como un

trastoque completo del orden y el equilibrio de poderes en Europa, llevó a establecer una imagen diferente de España: ya no era la monarquía del Escorial con un imperio mastodóntico basado en la dominación y la conversión, sino una nación de héroes que resistía la tiranía napoleónica y se afanaba en una reforma constitucional sin precedentes.

Como es sabido, la salida del ciclo napoleónico en 1814-1815 significó para España su relegación a una segunda fila, lo que se conformará cuando definitivamente pierda la mayor parte de su dominio ultramarino en 1824. El problema más relevante desde entonces en la relación de España con Europa vino dado por el propio despotismo instalado por dos veces por parte de Fernando VII, entre 1814 y 1820, y entre 1823 y 1833. Negarse a reconocer la deuda del período liberal no fue, desde luego, una política atinada para poder ser considerado un par fiable por parte de los demás Estados europeos. Será solo con la consolidación del régimen liberal desde 1837 que ese reconocimiento se recupere. Sin embargo, España seguirá siendo para Europa un espacio de civilización compleja, siempre a medio camino entre lo exótico y lo propiamente europeo.

Será en coincidencia con el momento en que España deje definitivamente de ser un imperio, en 1898, cuando se abra el gran debate sobre la relación entre España y Europa. Si el otro se había dado a finales del XVIII para ubicar a España en la civilización europea ante las críticas en este sentido de diversas academias e intelectuales del continente, el de finales de siglo será un debate de promoción interna. No hubo entonces debate europeo sobre España (como sí lo hubo en el siglo XVIII), sino un debate español sobre España y su lugar en Europa. Ahora que ya no se era imperio, que se era únicamente (o se debía ser) Estado-nación, ¿cómo entender España en relación a Europa? Esta pregunta entretuvo a buena parte de la generación conocida por ese mismo año, la del noventa y ocho.

La feroz crítica que los regeneracionistas hicieron del siglo XIX es especialmente significativa. Lo mejor que dijeron de él es que había pasado desapercibido, que se había perdido para España. Se referían al hecho de que mientras en otros espacios europeos se había caminado hacia un modelo basado en la consolidación del Estado y la tendencia a la conformación de una sola sociedad, en España el Estado era un desiderátum. Cuando hablaban de europeizar España se referían a consolidar en ella un Estado y una sociedad en vez de lo que advertían como una especie de feudalización a destiempo.

A pesar del malestar que rezuma la literatura regeneracionista española de comienzos del siglo XX, la historia de las tres primeras décadas del mismo demostró que España era mucho más regular en términos europeos de lo que esa literatura suponía. A la altura de los años veinte, España era un país muy parecido a la mayor parte de Europa y, a pesar de no haber participado en la I Guerra Mundial, fue, por ejemplo, invitado a participar en la Sociedad de Naciones creada al final de la guerra (1919): ahí destacó su actividad en ese foro, así como en la Corte Permanente de Justicia Internacional, donde Rafael Altamira tuvo un relevante papel. Incluso desde un punto de vista cultural y científico, España logró en esas décadas colocarse a un nivel bastante aceptable. La generación que maduró en esos años —la generación Cajal— tuvo destacados científicos que prolongaron los trabajos del premio Nobel; las mujeres, aunque poco, entraron en los ámbitos superiores de la cultura, tanto científicos como literarios; floreció la gran generación de 1927.

Por ello el tajo que supuso el franquismo fue tan notable. Cortó de cuajo aquella generación —los que no murieron o fueron represaliados, huyeron de España o enmudecieron—, se alineó con las potencias totalitarias en la II Guerra Mundial sin llegar a participar en ella abiertamente y, una vez finalizada la contienda, todavía prolongó diez años su deliberado distanciamiento de Europa.

Como Juan Pablo Fusi ha dicho en diversas ocasiones, el franquismo fue la verdadera anomalía de España y también lo que más nos distanció de Europa. Desde los años sesenta, los gobiernos de la dictadura mendigaron de los países europeos un reconocimiento que nunca llegó. De hecho, el Mercado Común, la asociación predecesora de la UE, le dio el mismo tratamiento a España que a Israel. La Europa post-bélica se estaba construyendo ya no solamente como un espacio de comercio integral, sino también como un espacio de democracia y derechos. Fue por ello que solamente con el restablecimiento de la democracia España pudo con éxito regularizar su situación en Europa, lo que, junto con el final de la dictadura franquista y posteriormente de ETA, es seguramente lo mejor que le ha pasado a este país en el siglo XX.

BIBLIOGRAFÍA

David Hogg, *La Europa del Antiguo Régimen*, Madrid, Siglo XXI, 2013

Nazzareno Fiorlaso, *¿Españolizar o europeizar?: un perfil de la relación entre España y Europa desde la Ilustración hasta Ortega y Gasset*, Madrid, Verbum, 2020.